

TEODORO HILDEBRANDT.



El guerrero y su hijo.—Dibujo sacado del gabinete del cónsul Wagner, en Berlin.

Dusseldorf es sin duda ninguna uno de los puntos principales de la Alemania, en donde se puede estudiar el movimiento del arte de esta nación. Parece que por su misma posición, en medio de un verde y apacible valle, á las orillas del transparente Rhin, debe esta ciudad despertar en el corazón de los que la habitan el sentimiento del arte y de la naturaleza. Desde hace mas de siglo y medio, posee tambien una preciosa galería de pinturas, donde se ven numerosos cuadros de Rubens, muchas obras notables de la antigua escuela alemana, unos quince mil dibujos orijinales, y millares de esquisitos grabados. La escuela de pintura de Dusseldorf continúa ocupando el primer puesto en Alemania, con la de Munich, habiendo producido ya pintores de historia que desde el principio de su carrera obtuvieron el éxito mas

brillante. Uno de estos últimos es el profesor Teodoro Hildebrandt. Nacido en Stettin en 1804, nuestro artista hizo sus primeros estudios artisticos en Berlin, eligiendo por maestro al pintor Schadore á quien siguió á Dusseldorf. Hildebrand es un escelenle colorista y un artista de un esquisito gusto, que se ha hecho en Alemania una grande reputacion como pintor de retratos y como pintor de historia. Su cuadro del *Guerrero y su hijo*, cuyas figuras son del tamaño natural, recuerdan el estilo de Van-Dyck: la figura del niño es de una finura y de una riqueza de tonos muy notable. El asunto es un puro capricho de imaginacion; es, bajo una forma mas real, la poética idea tantas veces manifestada por los griegos, por imágenes simbólicas: la alianza de la fuerza y de la dulzura, de la madurez viril y de la gracia

de la infancia. Este cuadro es uno de los mas populares que hay en Alemania, y por lo tanto ha sido copiado mil veces, y reproducido tambien en madera y porcelana para toda clase de muebles y en todas dimensiones. La copia que damos con este artículo está sacada del mejor grabado que se conoce. Hildebrand es joven todavía; los rápidos progresos que ha hecho en su arte, y el éxito que sus obras han obtenido, nos prometen sin duda otras nuevas tan buenas ó mejores.

SEMIRAMIS, REINA DE BABILONIA.

Semiramis, princesa generosa,
al frente de su gente generosa,
hasta el Indo y el Nilo sus fronteras
dilata por acciones muy guerreras.
DUCESNE.

I.

Varrón, uno de los genios romanos en el siglo de Augusto, se dedicó á examinar todos los monumentos que la antigüedad presentaba á la historia; mas despues de sus grandes estudios é investigaciones dijo:

— Que desde el principio del mundo hasta el diluvio de Noé estaba cubierto con el velo de la ignorancia: que desde el principio de Noé hasta la Olimpiada primera, lo encontraba desfigurado y confundido por los fabulistas; y que unos veintitres años despues de la fundación de Roma vino el tiempo de la historia.

Probado con el parecer de un historiador tan antiguo y acreditado como Varrón que la primera época, esto es, desde la creación del mundo hasta el diluvio no quedó mas que la sombra, resta únicamente considerar el estravio de la razón de la segunda época, confundida por la fábula, para convencerse moralmente de que cuanto se ha escrito de la vida privada de Semiramis es una pura invención, puesto que carece del conocimiento del sistema interior de su gobierno y de muchas particularidades de su reinado.

Y no puede ménos de suceder así, pues en mas de cuarenta siglos que van transcurridos, la razón natural induce á creer que la vida pública de esta muger grande ha venido por tradición á las generaciones futuras, hasta que, llegada la época gloriosa de la historia, pudo consignarse en sus páginas la memoria de una reina célebre... la primera reina que mandó en el mundo.

Los enredos amorosos de Semiramis y el lujo ostentoso de su corte han sido trasladados á los cantos líricos y escenas teatrales, en las que el genio humano tuvo que inventar situaciones interesantes para alargar su argumento y entreteñer á los espectadores. Y lo que puede decirse como un hecho cierto, es, que vivió esta muger extraordinaria cuyo nombre se hizo tan eterno como el tiempo, reconocida por todos los historiadores como una princesa guerrera y como restauradora de la hermosa ciudad en donde fué soberana... la populosa Babilonia que existió en la llanura de Sénai, cuyo monton de ruinas todavía contempla con asombro el atrevido viajero!

El describir, pues, los hechos de la vida privada de esta reina es tan imposible como contar las estrellas del cielo; pero puede ofrecerse sin embargo una ligera idea de las dotes y travesuras de su vida pública al propio tiempo que de la grandiosidad de sus acciones.

Antes de todo haremos una reseña de los hombres que

formaron el imperio de los caldeos y de la elevación de Semiramis á su trono.

La historia sagrada nos dice que mediaron mil seiscientos cincuenta y seis años desde la creación del mundo hasta el diluvio universal conocido por el de Noé: la profana no conviene enteramente en el número de años, pero sí en el punto esencial; aun cuando varios escritores modernos, empeñados en negarlo todo por adquirir una vana celebridad, no reconocen aquel diluvio por universal. Dejando á un lado la divergencia de opiniones en este punto, lo mas cierto, lo que mas inclina á creer al hombre, es el testo sagrado; testo que se salvó en el naufragio de Noé y que se trasmitió despues á las generaciones venideras.

El diluvio está representado en la historia sagrada como un castigo de Dios sobre la maldad del hombre; las aguas subieron veinte y un codos,—diez varas y media castellanas,—sobre la montaña mas alta de la tierra, y por consiguiente perecieron todos los seres que la poblaban, ménos el justo y su familia, que saliendo ilesos de la misteriosa arca, retornaron de nuevo esparciéndose por la superficie de la tierra.

El país situado entre los hermosos ríos conocidos por el Eufrates y el Tigris, fué el asiento de Noé y su descendencia hasta la sexta generación. La dulzura del clima, la amenidad del país, la feracidad de la tierra, les detuvo tanto cuanto en él pudieron ensancharse; pero luego que por la muchedumbre se vieron allí oprimidos, dividieron su heredad en esta forma:

Al hijo mayor *Sem* le cupo el Asia oriental para sí y sus descendientes: á *Cam* y su familia el Egipto, la Arabia y el Africa; y á *Jafet* tercer hijo, se le repartió la Europa y una parte del Asia occidental. —De la descendencia del primero vino el justo Abraham; del segundo nacieron los fenicios inventores de las letras del alfabeto, los cuales construyeron naves y poblaron todas las costas del Mediterráneo. — Quieren suponer algunos que fueron los fenicios los primeros habitantes que tuvo España, y se fundan en que en lengua fenicia *Sefania* ó *Sdania*, de donde se deriva su actual denominación, significa boreal, septentrional, que es precisamente la situación que ocupa España respecto del Africa. La opinión mas generalizada, sin embargo, concede esta gloria á Tubal, tercer hijo de Jafet é inventor de la música, de cuya descendencia vinieron tambien los primeros habitantes de la Grecia, país que llegó á reunir los sabios del mundo y que fué la cuna de las ciencias.

Antes de partir á poblar las demarcaciones que respectivamente se había señalado, concibieran todos unidos el pensamiento de edificar una ciudad en el sitio de su separación, levantando una torre hasta las nubes para eternizar su memoria por este monumento gigantesco; pero dice la Escritura que viéndoles Dios obstinados en tan loca empresa, confundió su idioma inspirando una lengua particular á cada familia, de donde procede la diversidad de lenguas entre los hombres, tomando desde entónces el nombre de torre de Babel, y la ciudad el de Babilonia, que en hebreo quiere decir *confusion*.

II.

Tanto la historia sagrada como la profana convienen en que fué primer imperio el de Babilonia, por otro nombre el de Caldea. — La fundación de este imperio se atribuye á Nembrot, que en hebreo significa *rebelde*, por el año mil ochocientos de la creación del mundo y ciento cuarenta y cuatro despues del diluvio. Aun cuando los pobladores se

Encontraban dispersos, Babilonia ya estaba edificada y con muchos habitantes.

Pintan á Nembrot un hombre de formas hercúleas y con tanta gracia natural que su presencia imponía á los demás. En sus primeros años dedicóse á la caza; él mismo inventó el lazo, la flecha y el arco para herir á las reses mayores, y asociado en este ejercicio con otros jóvenes infatigables, tomó de aquí vuelo su pasión de dominar al hombre.—Al gusto de reinar Nembrot en el bosque sobre las fieras siguió la de reinar sobre los hombres, y de un cazador belicoso tuvo origen el primer rey y el primer conquistador que conocieron los caldeos.

—Todavía estaban libres los pobladores obedeciendo únicamente á los gefes de sus familias. Ya habían acabado la construcción de Babilonia, que tardó trece años desde su separación por la confusión de las lenguas, y Nembrot concibió el pensamiento de apoderarse de la ciudad considerada como parte del patrimonio de Sem y su posteridad.—Anunció, pues, á los jóvenes que siempre le acompañaban una gran batida con el objeto de que todos se armasen con el arco y las flechas; luego que los tuvo reunidos, los formó en el campo distribuyéndoles en grupos, á cuya cabeza se puso Nembrot como gefe.

—¡Babilonios!—les dijo, si vuestro poder sujeta las fieras, ¿porqué no hemos de mandar también á los hijos de Sem, que ufanos con su ciudad nos quieren imponer la ley? Yo á vuestra cabeza entraré mañana y os juro que tomaremos lo mejor. Si hubiese resistencia por los moradores, nuestras armas que sirven para herir las fieras también hieren al hombre.

—Porque te creemos superior á nosotros, le contestaron, te proclamamos de corazón nuestro caudillo, Nembrot, y obedeceremos ciegamente tus mandatos.

Con el aparato guerrero que es consiguiente entraron silenciosos en Babilonia: maravillados los pobladores al ver tanto joven reunido, se agruparon todos por la novedad, muy ajenos de la intención hostil que llevaban, pero cuando vieron que al grito de Nembrot disponían sus arcos contra los habitantes, huyeron despavoridos en todas direcciones abandonando enseguida la ciudad al usurpador y retirándose al otro lado del Tigris los poseedores legítimos. Dueño ya de la población, se constituyó en soberano, haciendo á Babilonia capital de sus estados, y conquistando sobre la marcha otras tres ciudades allí cercanas llamadas Arach, Acad y Chalané.

Envanecido con su victoria bien pronto les obligó á que le reconocieran por rey todas las poblaciones situadas desde el Eufrates hasta la margen occidental del Tigris, sin otro título ni otro derecho que el de la ley del mas fuerte.—Gobernó, sin embargo, este primer monarca con tanta bondad y sabiduría los sesenta y cinco años que reinó, que no sintieron los vasallos el peso de sus cadenas. Se acostumbraron muy luego á un yugo, á la verdad injusto, pero del cual sacaban mas ventajas que de su primitiva libertad.—Sus grandes cualidades imprimieron en el corazón de sus súbditos tanta estimación, tanto respeto y veneración, que olvidando el crimen de usurpador que manchaba la frente de Nembrot, le erigieron estatuas después de su muerte á las cuales honraban con los mismos obsequios que en vida.

Con el tiempo se olvidaron también de que había sido un hombre sujeto á morir, y como á un Dios le adoraron levantándole altares, instituyéndole sacerdotes y ofreciéndole sacrificios, bajo el nombre de *dios Bet ó Val*, tan célebre en los antiguos pueblos del Oriente.—De este hombre tuvo

origen el nacimiento de la idolatría en toda el Asia.

Por la muerte de Nembrot fué exaltado al trono de Babilonia su hijo Nino, marido ya de la ilustre Semíramis; ambos á dos deseaban con ansia los días de gloria, porque se habían aficionado á las conquistas bajo los estandartes de su padre. Formaron pues un ejército, y puestos á su cabeza arrollaron todo lo que se les puso por delante estendiendo los límites de sus estados hasta el río Indo.

La Asiria fué el primer punto de su conquista.—Asúr, nieto de Noé, había dado su nombre á esta región.—Arrojado por Nembrot de Babilonia, se había establecido al otro lado del río Tigris, edificando en la orilla oriental una hermosa ciudad que se llamó después *Ninive la bella*; pero cuando descansaba tranquilo, fiado en que un río tan caudaloso le serviría de muralla contra los proyectos ambiciosos de los babilonios, hé aquí que Nino descubrió el secreto de pasar sobre las aguas cercando con sus tropas á Ninive y haciéndose también dueño de ella.—La situación de esta ciudad que sobresalía en grandeza y hermosura á todas las demás, determinaron al rey Nino á constituirla capital de sus estados y centro del imperio. A tal punto la engrandeció, que muchos historiadores le tuvieron por su fundador; sin duda por la conexión de su nombre con el de la ciudad; pero todo ha desaparecido bajo la carcoma del tiempo, sin haber quedado mas que la memoria de una populosa ciudad que existió.

Los autores antiguos daban á Ninive siete leguas de longitud, sus muros tenían casi cien pies de alto, veinte de grueso y mil quinientas torres en los flancos: los modernos hacían subir á veinte y cuatro leguas su circunferencia y tres días de camino.—Es ciertamente muy admirable la extensión que los primeros pobladores daban á sus ciudades, aun cuando debe advertirse que era costumbre en aquellos tiempos incluir en el cerco de ellas las tierras, prados y huertas que cultivaban los habitantes, con el fin de tener mas seguras sus heredades y encontrar en ellas lo necesario para el sustento de la vida. El ejemplo que todavía se encuentra de aquella sabia costumbre es Pekin, corte del imperio celeste,—la China,—conocida en la actualidad por los geógrafos como una de las poblaciones mas grandes del mundo.

III.

Semíramis, reina no muy generosa y de un valor impropio del bello sexo, abrigaba en su corazón el deseo de conquistar para extender sus dominios, á semejanza de un hidrópico cuya sed se aumenta á medida que la satisface.—Lastimada en su interior de la suerte desgraciada del prisionero Asúr, llegó por fin este á grangearse su íntima confianza; hermoso y galán, despertó en Semíramis una pasión amorosa que la condujo, según opinión de algunos historiadores, al menguado crimen de abreviar la vida de su marido Nino, de quien tuvo un hijo llamado Ninias, que por oscurecerlo y con el intento político de reinar sola, le hizo criar entre mujeres quitándole la voluntad de gobernar por sí mismo.

Tomadas por Semíramis las riendas del imperio, dió tanto honor á su reinado, que mereció el sobre nombre de *heroína*, así por sus hazañas en la guerra, cuanto porque vestida de amazona tenía el aire, la fuerza y el valor de un héroe.—Justino dice que muerto su esposo se vistió de hombre y se hizo respetar por el hijo de Nino; pero no es probable este aserto, porque siendo muy conocida no podía ocul-

tarse por mucho tiempo semejante artificio; además de que no tenía necesidad de él para reinar durante la menor edad de su hijo Ninias.

Convienen todos que la fisonomía de esta mujer célebre no era hermosa; muy lejos de esto, aseguran que tenía formas bastante desgraciadas, si bien su personal alto y genio amable cautivaba á los que de cerca tenían ocasión de contemplarla. — También dicen que la gustaba mucho vestir el traje de hombre para engañar á los extranjeros, y algunos adelantan su discurso á conceder á esta mujer singular la invención de los pantalones que empezaron á usar los orientales, cuya invención se generalizó después por las naciones con alguna variación respecto de lo ancho ó estrecho, adecuada á los climas ardientes y fríos, según el sol que los alumbraba y las costumbres de los diferentes países, pues como montaba á caballo con gran velocidad, tuvo precisión de inventar un ropaje que la cubriera y cubriese sus carnes por la pública honestidad.

Era mujer tan traviesa, que, una vez reconocida y acatada por sus vasallos como reina de Babilonia, elevó al grado de general de sus tropas á su querido Asúr, y formando un crecido ejército emprendió grandes conquistas conduciendo ella misma las tropas al enemigo con impávida intrepidez.

Antes de emprender sus campañas, dicen que estaba revisando las numerosas tropas que militaban bajo su bandera; pero como empezase á llorar repentinamente, la cercaron al momento sus generales preguntándola impacientes.

— Gran señora... ¿qué motivo puede contribuir en alma tan grande como la vuestra á una novedad semejante, capaz de eclipsar las pasadas glorias y de entibiar el entusiasmo de los guerreros?

— Lloro, les contestó, no porque sienta dejar las delicias de Ninive ni porque me arredre la muerte; bien sé que todo lo que nace muere. Lloro únicamente al contemplar que nosotros y esta grande reunión de hombres que estoy mirando, dentro de muy pocos años no existiremos.

Todavía sentía Semíramis que no se hubiese elevado la edad del hombre á mayor altura. Igual reflexión, hija del atrevimiento del poderoso que está persuadido no puede llegar su fin, se cuenta de Jerges, rey de Persia, cuando revisó los tres millones de combatientes que venían á invadir la Grecia, y cuyo orgulloso poder fué pisado por un puñado de valientes mandados por Leonidas en el paso de las Termópilas.

Habiendo, pues, salido de Ninive la reina Semíramis al frente de sus tropas, conquistó en pocos años la Persia, el Egipto, la Libia, llevando la gloria de sus armas hasta más allá del Indo y el Nilo. — La fortuna no obstante, vuelve la cara y apaga los fuegos de los que se creen invencibles por sus anteriores victorias. Esto lo comprendió bien la reina cuando tuvo una derrota que la obligó á repasar aceleradamente las aguas del Indo, y temerosa de que fuese adelante su desgracia se estuvo quieta algunos días, sin mover el campamento é imponiendo de este modo al enemigo. Ajustó por fin una paz honrosa en la que se señalaron los límites de sus estados, restituyéndose después á Ninive á dormir sobre los laureles y á gozar de las delicias de su posición de reina admirada por todos.

Como mujer astuta arengó á sus tropas inspirándolas confianza, y con una sonrisa vencedora les habló de esta manera:

— ¡Guerreros! — Estoy satisfecha de vuestro valor y de vuestras privaciones. Nada en el mundo sería capaz de conte-

ner el ímpetu de mis victoriosas armas, si el oráculo no me hubiese dicho que cese en las conquistas. La sombra de vuestro rey Nino se me apareció anoche en la oscuridad de una nube: él me ha revelado que regresemos á nuestra querida patria; y hé aquí, oh valientes! el precepto que es necesario cumplir sin averiguar más el secreto.

— Bajo de tu mando, gran reina, le contestaron, iremos gustosos donde nos lleves sin preguntar y sin hacer otra cosa que obedecer sumisos la voz de *marchemos*.

En su genio emprendedor la pareció más natural sentar el lujo ostentoso de su corte en Babilonia, ciudad que para ella tenía más preferencia por haber sido la primera que se edificó, y porque en aquel suelo vió nacer su grandeza. — Como lo pensó, así lo hizo. — Púsose en marcha, y fijando su morada en Babilonia, determinó hacerla tan grande y tan hermosa que oscureciese á Ninive.

De su orden se emprendieron inmediatamente trabajos tan atrevidos, que fueron seguramente la admiración de los futuros siglos. — La magnificencia de sus jardines, suspendidos en el aire por medio de arcos que los sostenían, los soberbios edificios de su vasto palacio, la nueva muralla que levantó á la ciudad eterna en las escrituras, y las anchas calles atravesadas por líneas rectas, immortalizaron á esta mujer célebre hasta el punto de haber permanecido su nombre en las generaciones siguientes más que sus obras, pues, aun cuando estas no existen ya, sabemos que fueron de Semíramis.

Edificada de nuevo Babilonia, dicen los historiadores que formaba un cerco de seis leguas de largo por cuatro de ancho. Los muros que tenían docetoesas de grueso y treinta de altura, estaban defendidos por torres un tercio más altas y por un foso lleno de agua. Se entraba por cincuenta puertas de bronce que iban á parar á otras tantas calles. Las casas se hallaban separadas unas de otras por grandes jardines, y, á semejanza de Ninive, tenían por detrás tierras de labor en la dimensión necesaria para abastecer á los habitantes.

En el centro de la población había dos grandes palacios: el antiguo encerraba el templo de Val y la torre de Babel, de figura cónica, cuya base y altura era de cien toesas (docientas y treinta y tres varas castellanas) componiéndose esta de ocho torres puestas una sobre otra. El palacio nuevo ocupaba tres leguas alrededor, y estaba fortificado con tres cercos de muralla por el mismo estilo que el de la ciudad. — Edificando había crecido en Semíramis su pasión de edificar; y hubiera hecho mucho más, si tan pronto no se le hubiese cortado el hilo de la vida á los cuarenta y dos años de su reinado.

La muerte temprana de esta heroína se atribuye á la ambición desmesurada de su hijo, el afeminado Ninias, que valiéndose de manejos secretos hizo que en un festín envenenasen á su madre con el zumo de yerbas. — Bien caro le costó después el crimen de parricida, porque los caudillos fronterizos, muerta Semíramis, invadieron el imperio quitándole lo mejor de sus estados y haciéndole sufrir por último el yugo pesado de los vencedores.

Los babilonios, acordándose de la felicidad y grandeza á que los había elevado Semíramis, mientras reinó, y siempre con su nombre en los labios, la erigieron estatuas adorándola como *Diosa*.

JULIAN SAIZ MILANÉS.

BALBEK EN SIRIA.

La antigua Heliopolis tan célebre en la antigüedad por la belleza de sus templos y de sus riquezas, se halla reducida á la modesta vista de esta aldea que no ha conservado mas que el nombre ambicioso y la situacion poética de la « ciudad del sol. » A principios del siglo XVIII el número de los habitantes de Balbek, casi todos cristianos y herreros, era de 5.000. En 1733, no era mas que de 2,000: Volney no contó mas que 4,200 almas, y la poblacion está hoy reducida á unos 200 habitantes. Algunas cristianas árabes pro-

fesan allí su fé bajo la direccion de un obispo. Los demas habitantes son los Motualis, descendientes de los otros sirios y convertidos al islamismo; no tienen industria ninguna, y no se hacen elogios de su probidad. La aldea es pobre, la mayor parte de las casas son de barro y de madera. El paseo que hay en el muelle, que consiste en una hermosa arboleda, no deja de tener algun carácter y belleza. Elegantes y lijeros botecillos animan la escena surcando las limpidas aguas del riachuelo de Nadi-Nahlé, que despues de haber regado las ruinas y la aldea, se pierde en el Nahr-Kasmich.



Vista de la aldea de Balbek en Siria.

EL NIDO DE CIGÜENAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véase la p. 14.)

Magdalena estaba como petrificada.

— Qué dirá el señor baron, balbuceaba, un hombre tan fiero é impetuoso!

— Mi hermano no se opondrá sériamente á ese proyecto; ignoras que le estoy sirviendo de estorbo hace ya tiempo? no conoces que debe estar cansado de cuidar de una hermana de quien debe estar léjos por sus deberes y sus diversiones? Porque no de otro modo pedemos interpretar su silencio y las pocas visitas que nos hace. A Enrique le gusta mucho la independenciam; la responsabilidad de mi suerte se le va haciendo pesada... Sí, créeme, consentirá sin escrúpulo en

darme gusto. Si alguien debe volver á levantar la casa de Steinberg es él, y no yo... como siga su brillante carrera, poco le importará que en un rincon del mundo se oculte bajo un nombre oscuro una mujer de su sangre, Si yo soy dichosa mi felicidad será la absolucion de su conciencia.

Magdalena reflexionó un momento, despues meneó lentamente la cabeza, y fué á sentarse de nuevo en silencio.

Whilemina siguió con los ojos á su anciana criada, como deseosa de continuar aun la conversacion; pero al ver la sombría tristeza de la pobre Reutner, se calló, y apoyando un codo sobre una almena, volvió á caer en una meditacion profunda.

No se oía otro ruido que los gemidos del viento sobre la plataforma; el cielo ceniciento, se iba ennegreciendo por instantes porque el sol descendia rápidamente hácia el ocaso. La señorita de Steinberg dejaba errar tristemente su mirada sobre el melancólico paisaje que tenia debajo, cuando

distinguíó á la otra parte del Rhin un botecillo luchando trabajosamente contra la corriente.

Este botecillo, que no llevaba mas que un solo remero, parecia dirigirse hácia el castillo.

Hombre y embarcacion apénas se veían entre los vapores del río, que se alzaban al comenzar la noche. Sin embargo el pálido rostro de Whilelmina enrojeció de pronto, sus ojos se animaron, y la costó trabajo el reprimir un grito de alegría. Volvióse hácia Magdalena como para comunicarle una buena noticia, pero la misma señora Reutner parecia absorta en aquel momento por una preocupacion extraordinaria; habia dejado caer la labor á sus piés, y en pié, con el cuello tendido, contemplaba fijamente un punto del horizonte hácia el mediodia.

Siguiendo la direccion de su mirada, Whilelmina distinguíó en los aires una bandada de aves que se iban adelantando lentamente por medio de las nubes, y no comprendiendo el atractivo que podia tener para la anciana aquel espectáculo, la llamó por su nombre suavemente, pero ella sin volver la cabeza, alzó la mano al cielo murmurando con voz sofocada y con una especie de terror religioso:

—Las cigüeñas! las cigüeñas!...

Whilelmina conocia el carácter supersticioso de Magdalena, y como las cigüeñas figuraban en las armas de nobleza de su familia, supuso que su aparicion tendria algo que ver con alguna de esas viejas leyendas que sabia de memoria la señora Reutner. La jóven, alzándose de hombros, se puso á examinar de nuevo con interés el botecillo que atravesaba el Rhin.

—Si, son las cigüeñas, decia Magdalena con melancolia sin perder de vista las aves viajeras; llegan del mediodia y anuncian la vuelta de la primavera... El sitio en donde se detengan será bendito de Dios; bajo el techo que las dé asilo, entrará la abundancia y la alegría.... Pero ya se han olvidado del castillo Steinberg, y pasan sin detenerse por estas miserables ruinas, abandonándolas á los cuervos y á los gatos monteses.

Gruesas lágrimas corrian por las mejillas de Magdalena en tanto que seguía con los ojos la marcha lenta de las aves, que atravesaban el sombrío cielo.

De repente lanzó un grito penetrante que hizo estremecer á Whilelmina. La banda viajera, despues de haberse cernido majestuosamente en los aires, por encima del Rhin, se dirigia hácia las ruinas del viejo castillo: bien luego llegaron á distinguirse claramente los blancos cuerpos de las cigüeñas con sus largas alas, sus patas rojas echadas hacia atras, sus cuellos con plumas flotantes, graciosamente encorvados y sus picos de coral.

En su vuelo iban observando un órden regular. Cuando se encontraron sobre el Steinberg, parecieron titubear un instante, hasta que por fin dos de las mas robustas se destacaron de la banda y descendieron rápidamente hácia la torre, en tanto que las otras, volviendo á emprender su viaje, se lanzaban de nuevo en el espacio impelidas hacia el norte por un viento tempestuoso.

IV.

Este acontecimiento tan sencillo en sí mismo, habia arrojado un grito á Magdalena; este grito salió solo, porque enseguida se volvió á poner atenta, observando con ansiedad los movimientos de las dos magnificas aves que parecia como que iban pedirle hospitalidad al Steinberg.

No esperó mucho tiempo; las cigüeñas se acercaron tanto

á la torre que sus alas rozaron la estremidad de las almenas. Sin asustarse por la presencia de las mujeres, dieron dos ó tres vueltas alrededor de la plataforma castañeteando con el pico, lo que segun dicen es en las aves signo de alegría, y luego cayendo bruscamente, se pararon en un trozo de fábrica, entre la torrecilla y el torreón principal, á una corta distancia de la señorita de Steinberg.

No es posible formarse una idea del gozo que espermentó en aquel instante la señora Reutner. Su rostro resplandecia como si hubiera recobrado la juventud; adelantándose hácia su señorita, para no asustar á las aves viajeras, y estrechándola en sus brazos, la dijo conmovida:

—Nada se ha perdido aun... han vuelto!... Ya están en su puesto ordinario cerca del torreón... Alabado sea Dios! La casa de Steinberg podrá prometerse buenos tiempos todavia.

—Whilelmina se sonrió con melancolia.

—En verdad mi buena Reutner, la dijo con tono distraído, no veo como la llegada de esas pobres aves puede influir sobre la suerte de nuestra familia, que tan desesperada te parecia hace un instante.

—Las cigüeñas llevan la dicha bajo el techo en donde se detienen, y estas aves son en particular de un presagio favorable para los barones de Steinberg; ya os lo he dicho una porcion de veces.

Una nueva sonrisa de incredulidad fué la sola respuesta de Whilelmina.

—Desde tiempo inmemorial, continuó Magdalena entregada á sus recuerdos; despues de un suceso que podria contarnos si fuésemos menos incrédula, las cigüeñas se han establecido en el sitio en que las veis ahora. Siglos enteros han tenido ahí su nido de generacion en generacion, sin cambiar de puesto; su desaparicion, fuera del tiempo de sus emigraciones anuales, ha sido siempre una señal precursora de desgracias para el Steinberg y sus habitantes. El castillo le abandonaron en el año de 1793, época en que vuestro abuelo, coronel de un regimiento prusiano, hallándose aquí á causa de los sucesos de la guerra, quiso detener la marcha, delante del castillo, de un cuerpo de tropas francesas; las cigüeñas espantadas por el cañoneo, desaparecieron, abandonando así enteramente ese vallecito que está ahí abajo, y que les servia en otro tiempo de punto de reunion para marcharse al finalizarse el estío... El deplorable sitio de que os hablo ocasionó al Steinberg todo género de males. El castillo fué quemado en parte; vuestro abuelo hecho prisionero fué llevado á Francia en donde murió, y de sus cinco hijos, cuatro perecieron en diversas batallas; solo vuestro padre conservó la vida para casarse con la noble señora vuestra madre.

—Te confieso, Magdalena, que jamas me habria acordado de achacar los males de mi familia á las cigüeñas.

—No os burleis, señorita, repuso la buena anciana meneando la cabeza; vuestro abuelo no tenia por absurdas esas creencias, al contrario consideró como una gran desgracia la extraña desaparicion de las cigüeñas del Steinberg... y el señor baron Enrique, vuestro hermano, ha preguntado muchas veces si habian vuelto á su sitio acostumbrado, durante su ausencia.

—Mi hermano es un poco jugador, Magdalena... y como tal debe ser supersticioso... Enhorabuena; quiero yo tambien tener algo de fé en ese presagio favorable; porque no he de abrir mi corazón á la esperanza, así como tú abres el tuyo? Si, quiero creer tambien, Magdalena, continuó exaltándose, quiero creer en la felicidad, cualquiera que sea e mensajero que la anuncie: deseo tanto ser dichosa!

— Luego inclinándose sobre el pretil por encima de donde estaban las cigüeñas, añadió con un acento de melancolía infantil é ingenua:

— Bien venidos seais, genios familiares del hogar de mis padres, alados protectores del Steinberg.

— Oh! Habeis hecho bien de no renegar esas tradiciones, señorita, murmuró Magdalena; siglos enteros han durado en el seno de vuestra familia. Si en estos tiempos de incredulidad y de orgullo nadie quisiera creer en ellas, nosotras dos deberíamos respetarlas todavía; vos, la noble descendiente de los Steinberg, y yo, su pobre criada. Además, quizá esas pobres aves han presenciado los grandes acontecimientos de que han sido teatro estos lugares: quizá han recibido las caricias de vuestro abuelo, aquel buen señor Hermann...

— Puede ser cierto eso, Magdalena?

— Porqué no? Dicen que las cigüeñas tienen una vida mas larga que la vida humana... Pero, Dios nos proteja! continuó con precipitación; señorita, vuestros ojos son mejores que los míos: no veis nada alrededor del cuello de la que está mas cerca de nosotros?

— En efecto, replicó Whilemina sorprendida, parece un collar... es una tira de pergamino, una placa de plomo que lleva suspendida al cuello: qué maravilla!

— Y decidme, señorita, repuso Magdalena con una agitación que iba en aumento, no tiene una pata hinchada por el medio, como si se la hubiese partido y estuviese curada hace ya tiempo?

— Sí, sí, me parece que tiene un bulto como dices...

— Es el *hinkende* (el cojo!) exclamó Magdalena dando palmadas.

— Y quién es el *hinkende*, Magdalena?

— El baron Hermann puso ese nombre á una cigüeña, que, cuando era chica, al ir á probar la fuerza de sus alas, se cayó del nido al suelo y se rompió una pata. El baron, como habia heredado de sus antepasados una gran veneración por esas aves, cuidó por sí mismo al *hinkende*, le sanó y luego le dejó libre... Muy joven era yo entonces, pero creo ver aun al *hinkende* siguiendo á vuestro abuelo por las torres y las murallas, acariciándole con su largo y sedoso cuello... Cuando la catástrofe de 93, el *hinkende* se marchó con las demás cigüeñas, y desde entonces no volvió mas... Cual ha sido el poder secreto que le ha detenido tan largo tiempo lejos de nosotros? Solo Dios lo sabe; pero creedme, señorita, su vuelta debe inspiraros ánimo y confianza.

— Si, sí, Magdalena, dijo la joven con una sonrisa á la vez irónica y alegre, tienes razon, deben cesar mis inquietudes... el cielo mismo se ha pronunciado en mi favor... seré dichosa!...

— En nombre del cielo, señorita, explicadme lo que quieren decir vuestras palabras, preguntó Magdalena sorprendida.

— Bien luego lo sabrás... pero escucha... él es, Dios mio... él es.

Y al mismo tiempo resonaba en la escalera de la torre un ruido de pasos.

— Pero señorita...

— Él es, te digo! repitió la joven lanzándose hácia la garita de piedra que protegía la escalera.

Una forma esbelta y graciosa se dibujó en la sombra.

— Whilemina! gritó una voz varonil.

— Frantz!

Un hermoso joven se lanzó impetuosamente hácia la señorita de Steinberg, la tomó la mano y la llevó á sus labios

con un ardor superior á todas las consideraciones humanas. Whilemina retiró su mano ruborizándose, y despues señalando á Magdalena, que se habia quedado estupefacta con este transporte, le dijo á media voz:

— Frantz! Frantz! olvidais que no sabe nada todavia?...

V.

Frantz era uno de los tipos mas bellos y completos de la juventud alemana. Delgado y vigoroso á la vez, estaba dotado de una imaginación llena de frescura y de una enérgica voluntad. Sus facciones, un poco pálidas, eran dulces y delicadas como las de una mujer; pero sus grandes ojos azules brillaban con un ardor enteramente varonil. Un ligero bigote rubio oscurecia su labio superior, y sus cabellos castaños flotaban en largos bucles sobre sus hombros.

Su traje no carecia de ese aspecto pintoresco tan á la moda entre los estudiantes de la universidad de Heidelberg y de todas las universidades de Alemania en general. Llevaba una levitita de terciopelo negro abotonada sobre el pecho, una elegante gorrita de la misma tela, y un cinturón de charol que ajustaba su fino talle; pero en este modesto traje, Frantz conservaba un aire de nobleza y de dignidad que le hacia distinguirse de sus camaradas los fumadores y bebedores de cerveza.

Las palabras de Whilemina no habian podido amortiguar enteramente los impetuosos sentimientos de que se dejó llevar al volver á ver á la señorita de Steinberg. Sin embargo, se separó de ella dando un paso, y dirigiéndola una límpida mirada, la dijo con un acento penetrante:

— Es cierto; Whilemina... lo olvido todo... solo vos llenais mi corazón y mis pensamientos, lo demás del mundo no existe para mí.

La joven se sonrió con orgullo; Frantz se volvió al fin hácia Magdalena para saludarla, cuando se oyó una especie de gruñido sordo á la otra estremidad de la plataforma: una gruesa cabeza cuadrada con un rostro barbudo se descubrióron á la boca de la escalera...

(Se continuará.)

RUBENS.

Pedro Pablo Rubens, este atleta de la escuela flamenca, nació en Colonia en 1577. Como la mayor parte de los grandes hombres, tuvo que luchar entre su inclinación y la carrera que queria imponerle su familia. Sin embargo Rubens triunfó en su empeño, y partió para Italia despues de haber aprendido con Othon Van Veen los primeros rudimentos del arte. El duque de Mantua conociendo desde luego su raro mérito, le dió un aposento en su palacio; y allí fué donde Rubens hizo un estudio particular de las obras de Julio Romano. Los cuadros del Ticiano, de Pablo Veronés y del Tintoretto le llamaron á Venecia, donde adquirió su primoroso estilo. De allí pasó á Génova y luego vino á Paris llamado por María de Médicis para pintar su galería del palacio del Luxemburgo. Rubens desempeñó tambien varias comisiones diplomáticas que, juntas con su raro mérito, le proporcionaron honores y distinciones de las cortes de Inglaterra y de España. Colmado de bienes y de títulos se retiró á Amberes donde se casó con Elena Forment, muy célebre por su belleza, y en esa ciudad murió el 30 de mayo de 1640.

Rubens reunía en sí todas las cualidades que pueden hacer á un hombre recomendable. Su fisonomía y modales eran admirables, brillante su conversacion, y la opulencia en que vivió siempre, le proporcionó grandes amistades. Como pintor tenía un genio igualmente dispuesto para todo lo que puede entrar en la composicion de un cuadro. Inventaba fácilmente, y si tenía que repetir varias veces un mismo asunto, su imaginacion le suministraba al punto los medios necesarios para hacerlo. Sus actitudes son naturales y variadas, y sus cabezas de una rara belleza. Lo que mas se admira en él es su inteligencia del claro-oscuro; porque na-

die supo como él introducir tanto brillo en sus cuadros, dándoles al mismo tiempo mas armonía, verdad y fuerza.

Su cuadro del *Descendimiento* es acaso la primera de sus obras maestras. El asunto tratado por Rubens ha ocupado tambien la imaginacion de otros pintores célebres, reuniendo como reúne á su gran interés religioso, el gran interés de la historia, de la poesia y del sentimiento! Por eso cuentan las artes muchos cuadros capitales consagrados á este sublime asunto. Echemos una ojeada al *Descendimiento* de Rubens:



Rubens.

El pueblo que había presenciado la crucifixion del Salvador se va alejando; los verdugos se han retirado ya, y acaban de llegar los criados y los amigos del Cristo para enterarle. Ya está desprendido el cuerpo: primero desclavaron los pies, y luego pasaron entre el Cristo y la Cruz un ancho lienzo, cojido de una punta por uno de los dos hombres subidos en lo alto de la cruz, que mientras le sujeta con sus dientes, se apoya con un brazo en el madero, y con el otro va desprendiendo al Cristo sobre su santo lienzo. San Juan con el cuerpo inclinado hácia atrás, un pié en el suelo y el otro en la escalera, recibe en sus brazos el cuerpo que cae sobre él con todo su peso, en tanto que la Magdalena de rodillas, sostiene la pierna izquierda del Cristo, para alijerar el peso que San Juan quizá no habria podido soportar largo tiempo. Otros dos personajes colocados sobre la escalera puesta en la otra parte del cuadro, sostienen la otra punta del santo lienzo para impedir que el cuerpo descienda con de-

masiada rapidez. Debajo de ellos, una de las santas mujeres, la Virgen vuelta en sí de su desmayo, se dispone á recibir el cuerpo en el caso de que se desprendiera rápidamente. Salomé lanza una mirada dolorosa sobre esa lúgubre escena, y por último otro personaje baja la escalera hácia atrás para ayudar á San Juan, y encarga á los hombres que se hallan en lo alto de la Cruz, que no abandonen el cuerpo ni el lienzo, hasta que él esté en tierra.

En esta hermosa composicion reina una perfecta unidad: todos los actores toman en la accion una parte directa. Aunque se vé que el Cristo ha muerto, su cuerpo está flexible todavia; los miembros, la cabeza y el torso ceden á las leyes de la gravedad, y el conjunto de la figura toda es de un dibujo correcto sin afectacion ni sequedad.

Muchos grandes pintores flamencos han copiado este célebre cuadro, que tambien ha sido multiplicado diferentes veces por medio del grabado.